

RESEÑA

BIOGRAFÍAS CALLEJERAS

MATÍAS VERGNANO



MARÍA FLORENCIA GENTILE: **BIOGRAFÍAS CALLEJERAS**,
BUENOS AIRES: GRUPO EDITOR UNIVERSITARIO, 2017.

Esta obra de María Florencia Gentile nos deja una pregunta muy importante para reflexionar respecto del impacto que tiene la calle en la vida de adolescentes y jóvenes que habitan las calles del Área Metropolitana de Buenos Aires: ¿Qué le ofrece la calle a estos chicos y chicas? Aquí, desde la pregunta como punto de partida, podemos comenzar a trazar algunas líneas que nos ayuden a elaborar una idea sobre por qué leer *Biografías callejeras*.

La autora es Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Master en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS), y Licenciada en Sociología también por la UBA. Se desempeña como Investigadora Docente del Área de Sociología del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), donde es co-coordinadora del Grupo de Trabajo Infancias y Juventudes en la Argentina Moderna y Contemporánea y co-directora de la Colección Infancias y Juventudes. Además, es parte del Grupo de Trabajo CLACSO Juventudes e Infancias y representante de la Legislatura en el Plenario del Consejo de Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes de la Ciudad de Buenos Aires.

Antes de comenzar a desarrollar algunos puntos fundamentales para entender este trabajo, es importante mencionar que la investigación se desarrolla entre los años 2004 y 2015, donde las biografías que se recuperan forman parte de sus tesis de Maestría (Gentile, 2006) y Doctoral (Gentile 2015). Como resultado del proceso, se ha construido este libro que integra una introducción y cuatro capítulos estructurados de la siguiente manera: el primero, pone el foco en la reposición de trabajos que aborden la relación entre adolescentes, jóvenes y la calle, y la forma en la que esta se convierte en un terreno de conflictos generacionales; el segundo, se centra en los relatos de dos jóvenes que viven la Ciudad de Buenos Aires a partir de “la salida” de su hogares; el tercero, trata la biografía de un joven del Barrio Ejército de los Andes (Fuerte Apache) que ha vivido la calle como un lugar central en su sociabilidad; y, en el cuarto, a modo de cierre, se elaboran sintéticamente algunas reflexiones respecto de los anteriores capítulos.

A lo largo de este trabajo, la autora se propone indagar en la manera en la que la calle puede organizar los cursos de vida de los jóvenes y adolescentes como una alternativa existente en condiciones de marginalidad. Es así que la calle constituye un lugar fundamental en la sociabilidad de quienes la habitan, otorgando la posibilidad de ordenar la propia vida y construir diferentes formas de sortear las dificultades que presentan las múltiples desigualdades que experimentan en la vida cotidiana. Este “mundo social” llega cuando otras instituciones, como la escuela, la familia o el trabajo, se vuelven precarias, inestables o ausentes en la vida de quienes las experimentan desde sus condiciones precarias de existencia debido a la desigual distribución de las mismas.

En el primer capítulo se reponen los trabajos previos que constituyen un aporte para comprender a las y los “chicos de la calle” como población, se mencionan algunos

enfoques para tratar el problema y distintas perspectivas al respeto, pero también pone el foco en las formas que tomaron las principales políticas públicas centralizadas en estas personas. Aquí, se intenta explicar cómo el tema toma relevancia a partir de la década del 80, a partir de la profundización de las desigualdades que llegaron con las políticas neoliberales como telón de fondo de Argentina: los jóvenes y adolescentes en condiciones de marginalidad comenzaron a formar un nuevo objeto de estudio. La pobreza y la experiencia de la desigualdad social, han calado en las nuevas generaciones de los sectores populares que han comenzado a ser foco, además, de intervenciones institucionales que consistían en el encierro, la judicialización y el control social.

El desmoronamiento o la precarización de las instituciones que funcionaban como organizador de las biografías, como por ejemplo el trabajo, producen que las personas tengan que buscar otros soportes para organizar los cursos de vida. Los diferentes momentos de la vida, o los “umbrales de edad”, comienzan a estar organizados a partir de la sociabilidad que se construye en la calle. En este sentido, el segundo capítulo hace especial hincapié en la “salida del hogar” de estos chicos y chicas (esta ha sido la primera preocupación de la autora, antes de poner el foco en los cursos de vida, puesto que coincidía con las preocupaciones en materia de políticas públicas de ese momento). Este momento constituye un hito fundamental, puesto que es construido (como elaboración a posteriori y aunque necesariamente se haya vivido como un “punto de inflexión”) como un momento particular que se puede inscribir dentro del pasaje de la infancia a la adultez: la salida del hogar y el ingreso a la calle; pasar de ser chico a ser grande.

Estos relatos de sus biografías, tomado como un género narrativo debido a que es construido por el sujeto, instituyen por sí mismos las historias. Por eso, la autora pone el foco en identificar qué es lo que la socialización en la calle aporta a la construcción de esta “salida del hogar” como una forma de romper con la dependencia familiar y adquirir la autonomía correspondiente a la adultez. Pero, además, sugiere que es importante prestar atención a las narrativas de las “primeras veces” puesto que nos puede permitir observar que estos ritos de pasaje a veces son parciales y reversibles y no están tan instituidos (como hitos) como sucede en otras trayectorias más lineales.

Aquí, es importante comprender que la calle no es analizada como un factor que “desvía” la trayectoria de los jóvenes, sino más bien es un “mundo social” que otorga otras posibilidades, como la capacidad de organizar los umbrales de edad de la forma que venimos observando. En este sentido, además, este pasaje viene acompañado de un proceso migratorio de los barrios del conurbano hacia el centro de la ciudad, donde existen diferentes formas de conseguir dinero (legal, informal o ilegal) y se dan vínculos con otras instituciones de asistencia, pero también de control (estatales, religiosas o asociativas). En este punto, para el sostenimiento de la vida en la calle, la autora observa que es fundamental el vínculo con pares que funcionan como “orientadores”. Aquí comienza un proceso de socialización callejera con otros chicos o grupos de chicos, lo que

se reconoce como pasaje al estatus de juventud lejos del radar de los adultos, vinculada a formas específicas de consumo, entretenimiento, etcétera.

Este soporte que tienen los pasajes en la calle, no debe ser visto siempre como algo lineal, sino que precisamente su carácter de reversibilidad nos permite pensar que no tienen la misma relevancia que podrían tener en vidas con mayor estabilidad social. Justamente, es interesante observar que los jóvenes y adolescentes toman algunas de las posibilidades y elementos que brinda la calle para construir sentidos y experiencias que permitan organizar el curso de sus vidas en condiciones marginales y de desigualdad social. Es por eso que en el tercer capítulo podemos observar cómo la autora propone profundizar en las articulaciones que existen entre la calle, edad, género, segregación socio-urbana en las vidas de estas nuevas generaciones y las instituciones vinculadas a estos jóvenes y adolescentes.

En esta línea, esta tercera parte se centra en un joven que vive en el Barrio Ejército de los Andes para ilustrar de qué manera la calle cumple un rol central también en la vida de los jóvenes que no viven en ella. Al comienzo, es interesante observar la descripción que la autora hace del barrio, la relación con las fuerzas de seguridad (atravesada por un conflicto generacional) y la forma en la que las familias consiguen dinero a partir de múltiples ingresos (legales, ilegales e informales). Aquí, podemos observar como desde muy pequeño péndula entre diferentes formas de trabajo y el delito inscribiéndose a la “lógica del cazador” y del “proveedor”. De todas formas, un “trabajo en blanco” sigue apareciendo como parte del pasaje a la adultez en su relato, al menos como una aspiración que puede estar heredada de otras generaciones.

Una forma de salir de esta condición de niño (debido a su rol de niño proveedor), se presenta a partir de su participación en la calle donde pudo desarrollar un estatus juvenil callejero, lo que significó la posibilidad de vivir una suerte de “moratoria social”. Ésta, en parte propia de otros sectores de la sociedad (quienes no estudian ni trabajan), se desarrolla a los márgenes del trabajo, la escuela y la familia (aunque el ingreso a la calle, en este caso, no está estructurado a partir de la “salida del hogar”) y representa autonomía y diversión, aunque se enfrenta a múltiples riesgos. Esta condición juvenil específica (callejera) tiene que ver, explica Gentile, con la participación en otros grupos de pares, el consumo de drogas, la realización de delitos, el “aguante” y el uso de la violencia, la adopción de un estilo estético (ropa deportiva, visera, tatuajes tumberos) y un modo de habitar el espacio urbano y el tiempo. De igual manera, las diferentes condiciones juveniles no se presentan necesariamente como excluyentes, en ocasiones, los ordenadores hegemónicos de los cursos de vida ocupan un lugar central en la vida de algunos chicos y chicas. En este sentido, podemos observar como el trabajo estable, pero también la escolarización, siguen siendo parte de un ideal, no existe una respuesta contracultural frente al trabajo y la escuela.

En el último apartado, la autora hace un recorrido general del libro, haciendo hincapié en las ideas centrales que ha desarrollado. Por un lado, insiste con que la calle no puede ser vista sólo como un lugar de “desvío” o “carencia”, sino que es fundamental para la organización de la organización y los pasajes etarios de los cursos de vidas de las nuevas generaciones en los márgenes socio-urbanos del AMBA. Además, la calle vista como “mundo social” nos permite comprender la participación que los chicos y chicas también tienen en otros mundos (como la familia, la escuela, instituciones de asistencia). Fundamentalmente porque la calle es experimentada a partir de un proceso de segregación espacial, donde las desventajas se concentran en los sectores sociales atravesados por desigualdades múltiples.

Este contexto de precariedad totalitaria termina configurando las múltiples formas que pueden adoptar las biografías de estos jóvenes y adolescentes al margen de estas instituciones tradicionales. Aunque no exista otra opción para muchos chicos y chicas, el fracaso en las mismas es vivido a partir de la responsabilidad individual, a la vez que manifiestan, como dice la autora, querer acercarse y estructurar su vida con ellas. En ocasiones, por ejemplo, las prácticas asociadas a la calle se presentan como contradictorias a los soportes culturales y simbólicos que demanda la escuela y que están distribuidos de manera desigual en la sociedad. Sucede que la calle es identificada como una condición juvenil subordinada, que tiene lugar en este contexto de precariedad y marginalidad. De esta forma, constituye un esquema temporal que da lugar a ordenamientos particulares de los cursos de vida.

Para finalizar, quiero destacar una idea central de Gentile respecto de la forma en la que estos chicos y chicas son percibidos muchas veces como causantes de problemas denominados genéricamente como “inseguridad”, donde las prácticas callejeras son identificadas como peligrosas y están acompañadas de una supuesta moralidad opuesta al resto de la sociedad. A lo largo de este libro, se muestra como las condiciones estructurales determinan la participación de estos jóvenes y adolescentes en la calle, pero también como van pivoteando (construyendo saberes, vínculos y adquiriendo otros elementos simbólicos) por las diferentes instituciones “esperadas”, donde a veces se presentan como contradictorias, precarias o ausentes, pero de igual manera forman parte de sus vidas. Es por eso que Gentile propone realizar un abordaje global que permita poner el foco en la dimensión etaria y en la temporal como dos dimensiones de desigualdades sociales poco contempladas.